

SIMÓN. Sí, señor, sí, ¿pues no me tengo de acordar?

CONDE. Pues aquel es el tal don Benedicto, comerciante en tapices, con quien tenía yo asuntos de dinero, y conozco á él y á toda su casa de toda la vida; de su hijo Bernardo también tengo noticias; es de mi cuerpo; en Barcelona quedaba cuando hemos venido; casualidad sería que viniese ahora mismo.

SIMÓN. ¡Calle! ¿y sería posible?...

CONDE. Y muy posible, ya me has entendido. Ya ves que don Deogracias no está en casa en tres días lo menos; está de caza, como él mismo dice. Vengo, pregunto por las señoras; me presento, ya soy Bernardo; no tengas miedo, no me perderé; ya están prevenidas en mi favor, particularmente la chica; me tratan como novio; esta franqueza algo ha de producir; yo no soy despreciable, y me fío en mis fuerzas: todo es que yo coja dos cuartos de hora favorables, y vuelvo el seso á la chica; no es mi primera conquista. Va á venir el padre, un momento antes me declaro á la madre; es loca, y este es su flaco; en viéndome conde, no digo nada, la zalagarda que se arma en la casa; á esto se agrega que si la chica me quiere siendo Bernardo, ¿por qué no me ha de adorar siendo conde? Esto es cosa natural; y el padre gruñirá, y dirá... pero cuando vea que todo está hecho ¿qué ha de hacer? ceder y soltar los millones del dote.

SIMÓN. ¡Sopla! el plan no es malo; pero ¿qué tiene que ver todo eso con haber esparcido la voz de la marcha, con ocultarse hasta de los criados?

CONDE. Sí, señor, los acreedores me rompen la cabeza; en los ocho días que hace que estoy de vuelta, apenas he ido á parte alguna; se hubieran echado encima; y hasta ver el resultado de esta intriga me conviene estar oculto; si concluye bien, con el dote empezaré á hacer algunos pagos, y ya es otra cosa; si no, buscaré otro medio; en el ínterin hasta el jockey, que me ha dejado en la posada de la calle angosta de San Bernardo, lo ha creído.

SIMÓN. Bueno, bueno; así ya tiene otro ver; pero me parece que vienen...

CONDE. Retírate, pues; déjanos solos.

ESCENA III

EL CONDE, DOÑA BIBIANA, JULIA.

BIB. Pues tienes muy mal gusto: todo elegan-

te debe tener deudas. Caballero, buenas tardes. (*Bajo.*) Julia, ¡qué traza de hombre! ¡qué figura tan ordinaria!

CONDE. Señoras, á los piés de ustedes. (¡Qué gesto!)

BIB. (A los piés de ustedes, ¡qué vulgaridad tan vieja!)—¿Qué se le ofrece á usted?

CONDE. (No sé cómo empezar.)—Señora, creo que usted debe ser doña Bibiana.

BIB. ¡Doña Bibiana! ¿de dónde viene usted ahora? yo no soy doña Bibiana, ni...

CONDE. (Calle; si me habré equivocado de casa; me parece que no.)—Señora, ¿no vive aquí don Deogracias de la Plantilla?

BIB. Sí, señor; ¿y qué?

CONDE. Bien, y usted será su señora, doña Bibiana...

BIB. Vuelta con doña Bibiana: ¡qué grosería! ¿no le he dicho á usted ya que no me llamo Bibiana? me llamo Concha, y está usted muy atrasado...

CONDE. (¡Malo! maldita equivocación; sin embargo.)—Concha, es verdad, señora, disímuleme usted: acabo de llegar, traigo varias cartas de recomendación, y una muy interesante para una tal doña Bibiana, y traía este nombre en la cabeza: ¡pero qué tontera la mía! mire usted si sabré cómo se llama usted; soy Bernardo Pujavante, y acabo de llegar de Barcelona. (¡Qué frialdad!)

BIB. ¿Es usted don Bernardo?

CONDE. Sí, señora.

BIB. (*A Julia.*) Julia, ¡qué ocasión de venir!

JULIA. ¡Ay, mamá!

CONDE. Y deseando presentarme á ustedes, aunque sé que el señor don Deogracias... (No me escuchan.)

BIB. (*A Julia.*) Si pudiéramos echarle; que no le viera Deogracias... ¿quién sabe si volvería atrás?... voy á decirle que no está en casa.

CONDE. (¡Cielos! ¡qué recibimiento!)—Como don Deogracias está...

BIB. Caballero, mi esposo está fuera, y yo no acostumbro hacer sus veces nunca; puede usted volverse pasado mañana, ó el otro en ese caso... porque, la verdad, aunque he oído hablar algo á mi esposo de un tal Bernardo, de Barcelona, ignoro qué asuntos puede tener con él, y no puedo sin su anuencia meterme en cosas que...

CONDE. (¡Malísimo!)—Señora, ciertamente que no esperaba este recibimiento; ni creo que

usted se halle ignorante de los planes de su esposo; además de esto, yo no he buscado casa en Madrid donde alojarme, porque contaba con esta, como quien viene á ser yerno de don Deogracias.

BIB. ¿Quién? ¿usted? ¿casarse con mi hija? caballero, usted delira; ¿con el hijo de un tapicero? cuidado que es imprudencia; he hablado muchas veces con mi esposo sobre el particular, y ciertamente que no me ha dicho nada de semejante proyecto; ni es posible que una boda de esta clase... y en fin, sobre todo, en cuanto á casa, mientras mi esposo no esté en ella, me es imposible recibir á nadie. (Con esto se irá pronto; estoy en brasas.)

CONDE. ¡Vive Dios! Señora, yo hablaré con don Deogracias; veremos si hablo de memoria; y pondré en conocimiento de mi padre el trato indigno que ustedes me han dado.

BIB. ¡Qué grosería! insultar todavía á la madre de la que quiere por esposa; vamos, Julia, dejemos ahí á ese hombre. ¡Qué modales! ¡Qué diferencia de este al conde! al fin hijo de un tapicero.

ESCENA IV.

EL CONDE, JULIA.

CONDE. (¡Qué rabia! Si pudiera hablar á la hija.)—Señorita, señorita... ¿Usted también?...

JULIA. (No me gusta nada, pero me da lástima.)—Caballero, mamá tiene el genio bastante pronto, perdónela usted sus primeros ímpetus.

CONDE. Ah Julia; no me ha engañado la fama que ha llegado de usted á Barcelona, y ciertamente que no se la puede ver sin comenzar á amarla.

JULIA. Déjeme usted. (¡Cielos! si viniera el conde.)—Déjeme usted, mamá estará esperando.

CONDE. Y bien, ¿qué debo hacer? usted considere el conflicto en que quedo.

JULIA. ¡Dios mío! cierto... pero... suelte usted; yo... mire usted... no entiendo... ¿qué quiere usted que le diga? ¿no oye usted? que me llama, ¡ay! allá voy.

CONDE. Julia, un momento todavía; ¿dónde la veré á usted? prepare usted mejor á su mamá. Un momento. (*Deteniéndola.*)

JULIA. No puedo; tenemos una visita de cum-

plimiento; está ahí el conde del Verde Saúco, agur.

CONDE. ¿Cómo? ¿el conde del Verde Saúco ha dicho usted? ¡Julia, Julia!

ESCENA V

EL CONDE

¡Cielos! ¡y que me suceda á mí esto! Por Dios que estoy lucido; pues el tal Bernardo tiene el campo á su favor; este hombre me ha engañado, fué una excusa. ¡Qué cólera! ¿y en esta circunstancia qué hacer? A Dios esperanzas y dote. Pero, ¿y este conde del Verde Saúco? estoy curioso, mas gente viene por aquí; ¿será acertado esconderme? sí, tal vez oiré lo que deseo saber.

ESCENA VI

DON DEOGRACIAS, BERNARDO, PASCASIO;

EL CONDE, metido en el cenador.

DEOG. (*A Pascasio.*) Pues anda listo, que se va á cerrar la tercena; mira que estoy sin rapé, que sea bueno, del de primera, y á casa de don Pedro con él, que allí te espero; y de lo otro, cuidado con chistar.

PASC. Señor, está bien.

ESCENA VII

Dichos, menos PASCASIO.

BERN. ¿Es posible? ¿con que no era ficción? ¡ah! ¡ah! ¡ah!

DEOG. ¿Qué había de ser? no, señor, duro sobre duro: ya ve usted que hemos empezado pagando bien el alquiler del nuevo personaje.

BERN. La fortuna es que el mismo conde del Verde Saúco lo pagará...

CONDE. (Hablan de mí...)

DEOG. ¿Qué ha de pagar?

BERN. ¿Pues no lo ha de pagar? al momento que esto se acabe, bien ó mal, le buscaré, y le haré reconocer su deuda; y...

CONDE. (¿Qué deuda es esta?)

DEOG. No, señor, no; aunque usted le cogiera por el cogote.

CONDE. (Para descubrirme en esta casa.)

DEOG. ¿No ve usted que es un hombre arruinado, un calavera?...

CONDE. (¡Bravo!)

DEOG. En fin, es seguro que no pagará; á mí

tampoco me importaría, como se lograra el objeto; pero si después mi mujer no cede, si mi hija Julia...

CONDE. (¿Es el padre? no tiene mal modo de estar en caza: ¡qué de engaños!)

BERN. Pero, hombre, ¿cómo le he de decir á usted que su hija me quiere?

CONDE. (¿Qué escucho?)

DEOG. Sí, señor, le querrá á usted mucho...

BERN. Pues no me ha de querer! yo me voy á descubrir á ella; yo no puedo pasar á sus ojos por lo que no soy...

CONDE. (¡Hola!)

DEOG. ¿Volvemos á las andadas?

BERN. Pero, señor don Deogracias de mi alma, ¿hasta cuándo no he de ser yo el mismo que he sido toda mi vida?

DEOG. Hasta mañana; no pido más tiempo.

BERN. ¿Pero ya qué pretende usted?

DEOG. Sí, señor, pretendo todavía. Mire usted, venga usted acá, santo varón, no nos oigan. Esta noche, mi mujer y mi hija no dejarán de ir á su sociedad; ya sabe usted cómo le he dicho que mi mujer me ha obligado á mí mismo á jugar, á perder, en fin, á echarla de elegante.

BERN. Sí, acabe usted.

DEOG. Bueno; pues esta noche fingiré irme con varios amigos, con el barón del Tahurete, ese truhán...

BERN. Sí, señor.

DEOG. Pero, se me olvidaba; en primer lugar usted no puede ir á esa sociedad tratando todavía de pasar por él.

BERN. Adelante.

DEOG. Ya ve usted que es imposible; dentro de un rato se despide usted, se va adonde quiera...

BERN. Bueno, adelante. Usted, usted, ¿qué hace?

DEOG. Pues yo, como le he dicho á usted...

CONDE. (Oigamos.)

DEOG. Finjo irme con esos; no vuelvo por ellas, y cuando estén menos prevenidas... este es el gran golpe, verá usted cómo esto debe hacer un grande efecto.

BERN. Por Dios, adelante.

DEOG. Aguarde usted, porque esta es el alma del plan, es darle la última mano.

BERN. ¡Dios mío! vamos.

DEOG. Hombre, cachaza: ¿no nos oyen?

BERN. No, señor, ¿qué han de oír? ni un alma.

DEOG. Pues, señor, entonces... pero, calle usted; mi hija.

BERN. Por vida del plan...

DEOG. Lo ve usted como hacía yo bien en irme con tiento; voy por mi caja, mientras que ustedes... allá...

BERN. Don Deogracias...

DEOG. Pero, hombre, si vuelvo.



ESCENA VIII

BERNARDO, EL CONDE, y luego JULIA

CONDE. (Por Dios, que llevo adelantados mis asuntos; y no me será fácil salir de aquí.)

JULIA. Señor conde.

CONDE. (¡Conde! ¡bravo!)

BERN. ¡Ah, Julia! soy feliz; ciertamente que para el primer día que nos vemos hemos disfrutado algunas horas de la dicha de vernos juntos.

JULIA. ¡Ah! si me fuera permitido creer que el conde del Verde Saúco me ama tan de veras como dice...

CONDE. (¿Qué oigo? ¿del Verde Saúco?...)

BERN. Julia, ¿puede usted dudar de mi amor?

CONDE. (¿Y yo he de sufrir esto?)

JULIA. No; dudar, nunca; pero, ¿qué sé yo? medido en el gran mundo, en los compromisos de la alta sociedad, qué pocos momentos puede usted dedicar á la memoria de su amada.

BERN. Verdad es; muchos atractivos tiene el

mundo; pero crea usted, Julia mía, que desde que la amo nada hay que pueda distraerme.

JULIA. Sí, lo creo; pero tengo cierto cuidado... dicen que usted es valiente: ¿ha tenido usted muchos desafíos?

BERN. Señora, son compromisos inevitables, un hombre de mi categoría...

JULIA. ¡Inevitables! dígame usted, si tuviese usted una querida...

BERN. ¿Por qué lo ha de suponer usted, cruel, pudiendo usted asegurarlo? ¿no la tengo ya?

JULIA. Sea así, y diga usted, ¿en ese caso tendría usted valor?...

BERN. ¿Quién lo duda? el honor...

JULIA. ¿De irse á matar?

BERN. El honor...

JULIA. ¡El honor! ¡y para tener honor es preciso ser un bárbaro! cruel, ¿y me quiere usted?

BERN. Pero, Julia mía, usted misma me despreciaría si viese que era capaz de rehusar un lance de honor: ¿no es verdad?

CONDE. (No puedo sufrir más; yo le desafiare. Pues he acertado en mudarme el nombre.)
(Saca una cartera, y escribe con lápiz sobre una hoja que después rompe; deja la cartera olvidada sobre el banco para cerrar la esquila, se va escurriendo hacia la puerta hasta marcharse.)

BERN. ¿No responde usted?

JULIA. No me ama usted.

BERN. ¡Julia mía!...

JULIA. Mire usted que viene mamá.

ESCENA IX

BERNARDO, JULIA, DOÑA BIBIANA

BIB. Sigán ustedes; parece que el señor conde es tan amable como dicen.

JULIA. Mamá, no sé por qué dice usted eso.

BERN. Su mamá de usted goza siempre de muy buen humor.

BIB. ¿Y no puedo tomar parte en lo que ustedes hablaban?

JULIA. Sí por cierto; decía al señor conde que no me gustan algunas modas como los desafíos.

BIB. Julia, no me parece que es esa la educación que te he dado; no haga usted caso, señor conde; es una niña...

BERN. Señora, dice muy bien. (¡Qué vergüenza! hacer este papel á sus ojos.)

JULIA. Pero, mamá, los desafíos... aquí viene papá, verá usted como es de mi opinión.

ESCENA X

Dichos, DON DEOGRACIAS.

JULIA. Papá, llega usted á tiempo.

DEOG. Dí, hija mía, ¿para qué?

JULIA. Dígame usted; si tuviera usted una querida, y le desafiasen, ¿tendría usted valor de dejarla, y?...

BIB. (*Bajo á don Deogracias.*) ¡Bruto! no vayas á decir alguna gansada... mira que está delante el señor conde.

BERN. La verdad, don Deogracias.

DEOG. (Es fuerza disimular.)

JULIA. Papá, ¿lo piensa usted tanto?

DEOG. Hija mía, te diré, un hombre fino, de cierto nacimiento, no puede rehusar esos lances de honor, y antes morirse que entregar la carta; yo creo que el señor conde pensará como yo.

BIB. (Ya se va civilizando.)

JULIA. ¿Lo cree usted así? ¿de veras?

DEOG. ¿Y por qué no? un hombre bien nacido...

JULIA. ¡Maldito nacimiento!

ESCENA XI

Dichos, SIMÓN con una esquila.

DEOG. ¿A quién busca usted?

SIMÓN. ¿El señor conde del Verde Saúco [está aquí?

BERN. (¡Qué nueva diablura! don Deogracias...)

DEOG. (*Bajo á Bernardo.*) Responda usted.— (¡Si será otro sastre!)

BERN. ¿Qué tenía usted que mandarme?

SIMÓN. ¿Es usted?

BERN. Sí, señor; ¿no me ve usted?

SIMÓN. Efectivamente. Se me acaba de dar esta esquila para entregarla á usted en propia mano, y con la mayor prontitud posible.

BERN. (*La toma.*) Cierto... «Al conde del Verde Saúco...» (Alguna entruchada del padre.)— (*A don Deogracias, bajo.*) Esto es también del plan...

DEOG. (¡Puede! vamos que el muchacho me ayuda, y sin decirme nada.)

JULIA. ¡Dios mío! lo que me dice el corazón Señor conde, ¿me permite usted leerse?...

BIB. ¡Julia! pero, niña... ¿ha visto usted? ¡qué grosería! ¿dónde se ha visto?...

JULIA. Mamá, si es un favor... nada más... se lo pido á usted.

BERN. Déjela usted; yo no puedo negarle á usted nada. (Sea lo que fuere.)

JULIA. ¡Ay, y qué de prisa se conoce que lo han escrito! y está con lápiz. (Lee.) «Señor conde, le supongo á usted un caballero; en esta inteligencia otro caballero, á quien ha ultrajado, le pide una satisfacción.» ¡Dios mío! mi corazón me lo decía. (Se apoya sobre el hombro de su madre, llorando:)

BERN. ¿Una satisfacción? déme usted, cierto; y en el café de... á las... ¿yo?

DEOG. (¡Bueno! á mí se me había olvidado, un desafío; era indispensable: por eso traería él la conversación.)

BERN. (A Simón.) ¿Quién le envía á usted? porque esta firma...

SIMÓN. Señor, lo ignoro.

BERN. (¡Bah, bah, bah!) (Adon Deogracias, bajo.) Don Deogracias... aquella maldita interrupción del plan... pero ya estamos al cabo de la calle, ¿eh?

DEOG. (Sí, que no hubiera dado en ello; pues lerdo es el niño.)

BERN. (Es mucho don Deogracias.)— Pero, ¡Dios mío! Julita...

JULIA. Déjeme usted... desde que hablábamos parece que me tocaba Dios en el corazón.

BIB. Hija mía...

BERN. Pero esto no es nada; yo estoy muy acostumbrado á estos lances; esto es una bagatela, un rasguño, un ojo menos.

JULIA. ¡Un ojo menos!

BERN. Pues, un ojo menos y unas botellas.— (A Simón.) Bien, está bien; dígame usted al sujeto que no faltará.

JULIA. ¿Cómo tiene usted atrevimiento? Papá, ¿y me abandona usted?

DEOG. Hija mía, es preciso dejar correr las cosas; ya te casarás con el señor, pero primero es indispensable que se vaya á romper la cabeza con el insultado: las leyes del honor así lo exigen; el señor conde no es un cualquiera.

BERN. Julia, crea usted que esto no es nada, yo no soy cobarde.

DEOG. Efectivamente, señor conde, y parecería muy mal que por una niña se dejase usted silbar por sus iguales; debe usted romperse, no digo yo su cabeza, pero mil si las tuviera: es una moda muy puesta en razón... y tal vez será porque le haya usted

quitado la acera; ¡oh! sí, sí; en ese caso, ¿cómo puede evitarse el lance? y si yo no tuviera prisa, pero es tarde para mí, yo mismo sería su padrino.

BERN. ¿Pero se va usted?

JULIA. ¡Papá!

DEOG. Pero ¿qué quieren ustedes que haga yo? al momento vuelvo á comer y á saber el éxito.

JULIA. Deténgale usted; ¿es posible que sea yo tan desgraciada? ¡ah, maldito honor!

BERN. Don Deogracias, don Deogracias... ya es tarde; corre como un muchacho. Pero, Julia, no se aflija usted, tal vez no se realizará; si es costumbre bárbara, los que la tienen procuran suavizarla: estas cosas son menos de lo que parecen... (A doña Bibiana.) Señora, le dejo á usted este sagrado depósito, y marchó á mi obligación.

JULIA. ¡Mamá! ¡ay, se va, y todos le han dejado ir! ¡Dios mío! ¿qué le irá á suceder?

BIB. Vamos, niña, ¿qué le ha de suceder? te vas haciendo muy imprudente; mire usted si no ha de ir á un desafío; ¿pues hay cosa más racional? Pues si antes el conde ha insultado al otro, ¿para repararlo y desagraviarle no le ha de romper después la cabeza? Ven, te echarás. ¡Francisco! ¡muchacha!—Ven, hija mía; sosiégate, bebe un poco de agua y vinagre; eso no es nada; un desafío es para un elegante el pan nuestro de cada día.

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

BERNARDO, FRANCISCO

BERN. ¡Hola, Francisco!

FRANC. Señor.

BERN. ¿Ha vuelto ya don Deogracias?

FRANC. Y ha vuelto á salir.

BERN. ¿Vendrá pronto?

FRANC. Me parece que no, porque al salir dijo que se iba á la lonja de ultramarinos, y allí ya se sabe, una hora, lo menos.

BERN. ¡Qué hombre! cierto que es calma. ¿Y las señoras?

FRANC. La señorita está mejor. Cuando vuestra señorita se fué, se echó, no quiso comer; pero después tanto le dijo su madre, que fué preciso levantarse y emperejilarse... y en el tocador están disponiéndose para la noche.

BERN. Bueno, vete; cuando venga don Deogracias, si no entra por aquí, avísame.

FRANC. Bien está.

ESCENA II

BERNARDO

Es mucho don Deogracias; vea usted, y parece un pobre hombre; ¿quién había de decir que había de ingeniarse tanto? porque es innegable que la ocurrencia de crear un desafío es excelente; ello mi trabajo me ha costado hacer bien mi papel con aquel ángel; aquellas lágrimas me partían el corazón, porque, aunque tengo honor y no soy cobarde, no veo esta precisión de matarse á cada instante por un quitame allá esas pajas. ¿Pero quién es?

ESCENA III

BERNARDO, EL CONDE

CONDE. (*Entrando.*) ¡Aquí está mi hombre!

BERN. (Estoy tan azorado con la parte que falta del plan, que todo se me antoja nuevas invenciones.)

CONDE. Caballero, palabra.

BERN. ¡Qué diablo de hombre!

CONDE. ¿Usted es el señor conde del Verde Saúco?

BERN. ¡Cáspita! yo no salgo de aquí: fuera no hago este papel; es cosa de don Deogracias; y sin avisarme...)

CONDE. Caballero, ¿oyó usted que le hablé?

BERN. ¡Ah, sí! pídome usted, estaba distraído.

CONDE. Pregunto si tengo el honor de hablar al señor conde del Verde Saúco.

BERN. Sí, señor, yo soy.

CONDE. Muy señor mío:—(tengo de apurarle:)—en ese caso, ya podremos hablar. ¿Habrá usted recibido una esquelita?

BERN. Sí, señor.—(Esto me huele mal; á ser broma, ¿á qué seguirla?...)

CONDE. ¿Y bien?

BERN. ¿Qué?

CONDE. Se le citaba á usted.—(Es cobarde y puedo gallear.)

BERN. Sí, señor.

CONDE. (Apuradillo está.)—¿Y bien?

BERN. ¿Qué?

CONDE. Que usted no ha asistido.

BERN. Verdad que no.

CONDE. Y entre hombres de honor, debe usted saber que... ¿eh?

BERN. (¡Diantre!)—Cierto, pero un compromiso... si usted gusta, podemos...

CONDE. No, señor, ¿para qué? yo soy un hombre despreocupado; yo riño en cualquier parte; me parece que ese jardín...—(Con eso lo oirán en la casa, no reñiremos, y le descubriré.)

BERN. Hombre, ¿aquí? esta no es mi casa.

CONDE. Sí, señor, aquí; desde todas partes hay la misma distancia al otro mundo... vamos.

BERN. Hombre...

CONDE. (Ya le tiemblan las pantorrillas.)

BERN. (*Se levanta.*) Este empeño de que ha de ser aquí... (vaya, eso es broma; las pistolas no están cargadas sino con pólvora, y don Deogracias quiere hacerlo á lo vivo y que oigan el ruido.)

CONDE. Extraño mucho que todo un hombre como usted parezca abrigar unos sentimientos tan cobardes.

BERN. ¡Yo cobarde!...

CONDE. Pues vamos; si mientras más lo piense usted peor le ha de parecer.

BERN. Pero venga usted acá; porque la verdad, á usted don Deogracias no le habrá pagado para que me... y para nuestro plan, aunque yo sepa que no tienen más que pólvora, ya ve usted que eso... en no sabiéndolo ellas...

CONDE. (Ya se entrega.)—¿Qué habla usted? ¿yo pagado? ese es un insulto; señor conde, defiéndase usted.

BERN. (Por Dios que es lance; esto no es broma; este es un asunto del verdadero conde; más sencillo es decirle que no soy el conde.)

CONDE. Vamos, á batirse.

BERN. Pues, señor, camina usted bajo un supuesto infundado.

CONDE. (Ya vomita, pero no le ha de valer; tengo de descubrirle.)—¿Cómo?

BERN. Sí, señor; no escuchen; yo no soy el conde ni...

CONDE. Señor conde, ¿quién lo hubiera pensado de usted? añadir á la cobardía la baja de negarse; ¿no es usted el conde? el miedo...

BERN. El miedo, no le conozco; pero hable usted bajo; no lo soy; tengo motivos... en fin, mañana á estas horas le diré á usted...

CONDE. ¿Cómo, usted quiere escaparse? pero veremos si es usted el conde: aquí en esta casa le conocen á usted; veremos si delante de ellos sostiene usted...

BERN. (¿Qué va á hacer?) (*El conde va á lla-*

mar.) Este hombre me descubre. (*Va hacia el conde, le detiene y muda de tono, amenazándole siempre y sujetándole.*) Venga usted acá; soy el conde; sí, señor, nos batiremos, y, sobre todo, aquí, hablar bajo, ó sino...

CONDE. ¿Cómo? ¿usted?

BERN. Chitón, vamos bajando el tono. Si hasta ahora, por motivos particulares, le he parecido á usted un cobarde, sepa que no lo soy; nos batiremos, pero sepamos con quién.

CONDE. (Malísimo.)—Señor, eso no es preciso.

BERN. Indispensable, y pronto.

CONDE. (Es fuerza fingir, porque mi deuda... y este hombre no es el mismo.)

BERN. ¿Eh? ¡vamos!

CONDE. (¿Qué pierdo? Bernardo y más Bernardo, que para él es como no decirle nadie.)

BERN. Vamos.

CONDE. Pues, señor, no me conocerá usted tal vez ya; sin embargo, yo soy de Barcelona, me llamo Bernardo Pujavante.

BERN. ¿Qué oigo? ¿usted Bernardo Pujavante? —(¡Qué es esto!.. ¡ah, ah, ah!)—(Con sangre fría.) ¿Conque es usted Bernardo?

CONDE. Sí, señor.

BERN. Mire usted lo que usted dice; sabe usted que ese tal Bernardo le conozco yo, y...

CONDE. ¿Usted?

BERN. Yo, y no se le parece á usted en nada.

CONDE. ¡Bravo!

BERN. Ese Bernardo no es un elegante, no desafía, no dibuja con un florete; pero es un hombre que tampoco se deja insultar de nadie.

CONDE. ¿Se atreve usted?

BERN. Sí, señor, á usted; ¿y por qué? y ahora mismo he de saber quién es usted, ahora, ó va usted á contarle donde...

CONDE. (Buena la he hecho; ¡qué le haya yo apurado!)

BERN. Se da usted priesa, ó...

CONDE. Señor, la verdad; hablemos claros, yo no soy Bernardo; pero hágase usted cargo de la razón, porque yo me inclino á creer que usted no es tampoco quien dice, y entonces...

BERN. Eso no es del caso, y...

CONDE. Pero, la verdad...

BERN. Dígame usted pronto quién es; yo soy el conde del Verde Saúco.

CONDE. Pues, señor, entonces, si no me deja usted ser Bernardo, no soy nadie.

BERN. ¿Cómo?

CONDE. Porque yo, es verdad que no soy Bernardo, pero he creído siempre ser el conde del Verde Saúco; dispéñeme usted.

BERN. ¿Quién, usted?

CONDE. Señor, si usted no quiere... pero aquí tengo papeles que...

BERN. ¡Ah, ah, ah! Pues, señor, es chistoso.

CONDE. Cierto, es preciso confesar que es un lance chistoso.

BERN. Pero usted con el nombre de Bernardo, ¿qué objeto?... yo necesito saberlo.



CONDE. ¡Ah, ah, ah! Aquí no hay más que franquearnos uno con otro; beberemos unas botellas.

BERN. No pienso en eso, porque yo necesito ser conde todavía algún tiempo, á lo menos en esta casa, y yo á usted nunca le daré más satisfacción que ésta.

CONDE. ¡Qué disparate! yo soy un amigo de usted.

BERN. Pues yo no lo soy de usted porque no hay motivo.

CONDE. Vaya, vaya, esto es mejor echarlo á broma, y confesemos...

BERN. Señor mío, usted hará lo que yo quiera, pero gente viene; sálgase usted y chitón, y cuidado con venir aquí á hablar una palabra, y mucho menos á echarla de conde sino cuando yo lo mande.

CONDE. Pero, señor, esto...

BERN. Y mañana á las seis en punto en la Puerta del Sol; necesito saber de usted varias cosas, agur.

CONDE. ¡Y que me deje yo insultar! estoy lucido.

ESCENA IV

BERNARDO, JULIA. (Acaba de anochecer.)

JULIA. (Con una palmtoria.) ¡Ay! me he dejado aquí mi pañuelo y mis guantes: sí, cierto, aquí están; ¿cómo los había de encontrar? ¿pero quién está aquí?

BERN. (Julia; ahora me preguntará, y yo me canso de fingir.)

JULIA. ¡Ah! ¿era usted, señor conde? dígame usted, ¿qué ha resultado? ¿cómo me tiene usted!

BERN. (¿Qué la he de decir?)—Nada, amable Julia; lo que le dije á usted, se echaron suertes, tocó á mi contrario tirar primero; pero por fortuna no salió el tiro, y saltó la piedra; yo no quise tirar, y los padrinos se interpusieron.

JULIA. ¡Qué gozo! ¡y ha tenido usted valor de asustarme, y hacerme llorar, ingrato!

BERN. Julia, perdóneme usted si...

JULIA. Que le perdone. . . sí, sólo con dos condiciones, y le perdono á usted; pero jure usted cumplirlas.

BERN. ¿Y duda usted?

JULIA. Júrelo usted.

BERN. Sí, lo juro.

JULIA. Me ha de decir usted primero quién es el agresor; segundo, por qué.

BERN. ¡Cielos!

JULIA. Yo lo entiendo; ¿no quiere usted decirlo?

BERN. Bien quisiera, pero me es imposible.

JULIA. ¿Imposible?

BERN. Los hombres de mi clase solemos tener á veces pendientes cinco ó seis asuntos de esta especie, y no saber...

JULIA. ¿Cinco ó seis? Señor conde, ¿y en siendo su esposa de usted hará usted lo mismo?

BERN. Siempre seré el mismo, y no podré...

JULIA. ¿Y no puede usted dejar?... deje usted de ser conde, ó no cuente usted más con mi amor.

BERN. (¡Cielos! ¡qué ocasión!)—Julia, créame usted lo que voy á decirle, y perdóneme usted si la he ocultado hasta ahora...

JULIA. Ya, ya lo entiendo; no diga usted más; usted me ocultaba la causa de este lance; traidor, sin duda alguna otra pasión...

BERN. ¡Yo traidor, otra pasión!...

JULIA. Pues dígamele usted.

BERN. Julia, ¡otra pasión! yo mismo quiero creer que es algún amante de usted ofendido; sí, no tiene duda.

JULIA. ¿Qué dice usted? ¿qué señas tiene?

BERN. (¡Hola!)—De mi estatura, más alto, ojos negros, gran patilla...

JULIA. Un frac de color, algo usado, guantes verdes.

BERN. Sí, el mismo; y espolines en las botas.

JULIA. El es, él es.

BERN. ¿Le conoce usted, Julia? ¿quién es?

JULIA. No se ha de enfadar usted conmigo...

BERN. Yo, Julia, con usted... cuente usted.

JULIA. Señor conde, ese era un joven con quien tenía papá tratada mi boda antes de conocer á usted; llegó usted, y todo se desvaneció. El estaba fuera; ni aun le conocíamos, pero con la esperanza de mi mano llegó esta mañana; mamá, á quien se presentó, porque papá no le viera, le echó con cajas destempladas, se quejó á mí, me cogió la mano, me habló...

BERN. Concluya usted, ¿cómo se llama?

JULIA. Bernardo Pujavante.

BERN. ¡Bernardo! (Ya lo entiendo: ¡infame conde!)

JULIA. ¿Qué, se inquieta usted? me habló; pero se lo juro á usted, le aborrezco; es grosero, ordinario... ¿qué diferencia de Bernardo á usted! en fin, si cien veces viniera Bernardo á pedirme, si papá se empeñara, si el mundo entero se pusiera de su parte, yo firme le negaría mi mano, perecería, sufriría mil muertes antes que faltar á la fe que debo al conde del Verde Saúco: ¿no me cree usted?

BERN. (Distraído.) (El la quiere; ha tomado mi nombre como yo el suyo; ¿pero cómo ha podido saber que yo?...)

JULIA. Créame usted, sí; yo misma le desprecié, le dejé solo; y tal vez él ha averiguado después, le habrá visto á usted entrar y salir...

BERN. Sí, sin duda; estoy loco, loco; Julia, voy á ver á don Deogracias: Julia, téngame usted lástima.

JULIA. ¡Pero qué! ¿qué tiene usted? ¡necia de mí! ¿qué le he contado? ¿será posible?

BERN. Julia, adiós; volveré, pero, créame usted, de otro modo. (Vase.)

JULIA. ¡De otro modo! ¡Dios mío! ¡Señor conde! ¿qué es lo que me pasa? (Se arroja encima del banco de césped y tropieza con la cartera que el conde dejó.) ¿Qué es esto? una cartera... del conde, sí; pero mamá viene, es fuerza guardarla.

ESCENA V

DOÑA BIBIANA, JULIA

BIB. Pero, hija mía, ¿para buscar unos guantes tanto tiempo? ¡Válgame Dios!... ¿qué tienes? ¿lloras? ¿qué te sucede?

JULIA. ¡Ah! mamá, ¿no sabe usted?...

BIB. ¡Qué! ¿has sabido algo del desaffo? ¿ha muerto? ¿salió herido? ¡ay Dios mío! ¡qué desgracia! ¡maldita elegancia! ¡maldita moda! ¡Hija mía!

JULIA. Mamá, sosiéguese usted; no es eso, no; ha salido bien.

BIB. ¿Qué dices? respiro; ni una gota de sangre me había quedado en todo el cuerpo; ya ves, una boda como esta; casarte con el primer elegante de Madrid, si me debía asustar; pero dí, ¿qué es ello? ¿te quería engañar? ¿era un bribón?

JULIA. Mamá...

BIB. ¿Trata de deshacer la boda? ¿no quiere casarse ya? ¡ay Dios mío!

JULIA. Pero, mamá, si...

BIB. ¡Haya picarón! después de pedir tu mano volverse atrás; ¿pero por qué, por qué ha sido todo esto? si eres una necia; tú lo habrás echado á perder; ¿conque es decir que nos ha engañado?

JULIA. Pero, mamá, ¡por Dios! déjeme usted; si no es eso. ¡Qué engaño ni qué nada! si no es eso.

BIB. Hija mía, ya ves tú lo que les pasa á otras; es preciso un ten con ten... vamos, ¿y qué fué?

JULIA. Mamá, Bernardo, Bernardo...

BIB. ¿Dónde está? ¿qué ha hecho?

JULIA. Es él que ha desafiado...

BIB. ¡Atrevido! ¿al señor conde?

JULIA. Sí, señora, y yo he tenido la imprudencia de contarle al conde lo que había pasado, y ha creído sin duda que yo le he querido.

BIB. ¿Le has contado?...

JULIA. Fué inevitable; y si viera usted cómo se puso, loco, furioso; se fué diciendo que iba á papá...

BIB. ¿A tu padre? y á la hora de esta sabrá... si le pudiera prevenir... sí, ya le contaré lo que pasa; yo, yo misma desengañaré al conde; será un infierno la casa, sí, señor, y mi marido lo sabrá ya, y nos lo estará callando; tal vez él mismo le protege; aquí viene: véte al almacén, déjame sola con él.

ESCENA VI

DON DEOGRACIAS, DOÑA BIBIANA

BIB. Ven acá, ven acá; ¿qué es esto que pasa en casa? tú piensas engañarme, pero no lo lograrás; quítatelo de la cabeza, no se ha de hacer tu gusto; ¿callas? ya te entiendo, responde.

DEOG. En buena hora he venido; pero, mujer, ¿qué es ello? ¿yo engañarte?

BIB. Sí, señor, tú; ¿conque está aquí Bernardo?

DEOG. (¡Qué oigo! sabe ya que es Bernardo.) —Pero, mujer, ¿cómo?—(¡Adiós plan!)

BIB. ¿Pues qué, piensas que yo no sé nada? y tú también lo sabías; dí, dí que no.

DEOG. (Este maldito se habrá descubierto, por fuerza.) —Es verdad que lo sabía; pero...

BIB. ¿No digo yo? pues mira, Deogracias, hablemos claros; precisamente como se porta tan bien, presentarse así... con ese descaró...

DEOG. (¿No digo yo que se ha descubierto?)

BIB. Insultando á todo el mundo; eso es burlarse.

DEOG. (No hay sino tener paciencia.)—Pero, mujer, tanto delito es... si él no quisiera á la chica, no hubiera procedido así... ¿no ves que el mismo amor le ha obligado á hacer todo eso?

BIB. Todavía le disculpas; ya está visto que nunca convendremos en este punto; ¿y á qué engañarme y hacerme creer?... vaya, yo... en una palabra, toma tu determinación, ó despide á Bernardo al momento ó ni cuentes con tu mujer, ni con tu hija: ella le aborrece ahora más que nunca: le ha despreciado á él mismo.

DEOG. ¿A él mismo? ¡pobre muchacho!

BIB. Sí, á él mismo, sí; conque haz lo que gustes; pero no lograrás nunca que tu hija se case con ese hombre, por más astucias y por más engaños que fragües... (Vase.)

DEOG. ¡Bibiana! esto no tiene remedio, se fué: si es una furia; y yo quisiera enfadarme, pero soy un pobre hombre.

ESCENA VII

DON DEOGRACIAS

La hemos hecho buena; todo mi proyecto por tierra, y en el ínterin mi mujer gastando y triunfando. No, pues el resto de mi plan

se ha de hacer; yo no quiero de la noche á la mañana encontrarme sin un cuarto, disipados mis caudales, no señor; yo guardaré mi oro, yo pondré orden en mi casa: ya que se frustró la boda con ese pobre muchacho, á lo menos no se perderá todo. ¿Pero este imprudente cómo lo habrá hecho? y se lo dije yo... mas él nada, empeñado en descubrirse; pero aquí viene mi hija; me irrito al verla; voy, voy á buscarle; él me dirá... ó á lo menos le consolaré; ¡qué afligido debe estar!

ESCENA VIII

JULIA

Nadie hay aquí; ¡en ese almacén maldito hay tanta gentel... y yo deseando ver mi cartera; del conde es... ¡qué bonita! veamos.

(*Lee.*) «Cinco mil reales del tílburí, que no puedo pagar todavía.» Otra deuda; y el tílburí le debe; ¡ah, qué poco me gusta este carácter!... Si me caso con él, yo le corregiré, sí. «Ocho mil reales á la fonda;» ¡más deudas! ¡Dios mío! una carta... ¡qué es esto! «Amada Josefina:» ¡cielos! si me engañará; la fecha es de hoy. «Amada Josefina: Disipa tus sospechas infundadas; es verdad que te he confesado mi plan de boda con la Julia, y que la he pedido; pero ni en esto hay amor, ni siquiera inclinación, sólo una razón de conveniencia; mis asuntos lo exigen, su dote es crecido; en fin, desengáñate, y vuélveme tu cariño; tú misma, cuando me haya casado, y me veas más constante contigo que nunca...» ¡Infame! (*Cae sobre el sillón.*)



ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

PASCASIO

¡Qué embajada! enviarme ahora el conde del Verde Saúco, mi antiguo amo, un recado para que busque una cartera... Sí, dice que por aquí... pues no está; y que dé esta esquela á mi amo; y cuánta cosa me ha dicho, que ya no necesita casarse, que su tía acaba de expirar, que hereda qué sé yo cuánto, y luego que mi amo don Deogracias se ha arruinado esta noche jugando. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué de enredos y misterios, vaya! y lo cierto es que van á dar las seis y mis señores no han venido á recogerse; pues nunca les sucede... pero aquí están.

ESCENA II

DON DEOGRACIAS, después PASCASIO

DEOG. Vamos, que ésta no parece sino una casa de orates: ¡qué desorden! todo abierto, nadie recogido al amanecer todavía, ni aquí hay una alma. Señor, señor, si concluiremos de una vez; ¿este Bernardo dónde estará? por más que le he enviado á buscar, no parece desde ayer tarde; ello es preciso que yo le instruya de todo.—¿Qué quieres?

PASC. Señor, acaban de darme esta carta para usted.

DEOG. Bien, anda con Dios; abre y barre el almacén: temprano empieza hoy la correspondencia, á estas horas... «A don Deogracias, etc... el conde del Verde Saúco:» ¡otra! ¡qué pesado es el tal señor! si volverá á in-